

Capítulo 41 - - Amistades Forjadas por Accidente - Una Guía Práctica para la Magia [Libros 1-4 Revisión 3 de Julio]

- Capítulo 41 - - Amistades Forjadas por Accidente - Una Guía Práctica para la Magia [Libros 1-4 Revisión 3 de Julio]

Capítulo 41 - - Amistades Forjadas por Accidente - Una Guía Práctica para la Magia [Libros 1-4 Revisión 3 de Julio]

Damian

Mes 12, Día 2, Miércoles, 17:30

Damian bajó la vista hacia la herida que rápidamente se enrojecía en su camiseta. El hechizo de Sebastien Siverling había atravesado la mitad izquierda de su pecho y su brazo. Por un momento, se preguntó si iba a morir, atravesado en carne y hueso, aunque logró notar que estaba mortalmente herido, como en alguna novela policial muy violenta que había leído.

Pero, no, pensó con alivio. La sangre no salía disparada en enormes chorros arteriales. A medida que el dolor empezaba a hacerse presente, sintió que las mejillas se le enrojecían de vergüenza. Si Titus supiera lo descuidado que había sido, molestando a un hechicero mientras practicaban hechizos de combate, Damian recibiría un reprimenda, como mínimo. Hasta los niños deberían saber comportarse mejor. Honestamente, no comprendía por qué lo había hecho.

Quizá no le gustaba admitirlo, pero había una razón por la cual el Profesor Lacer había tomado a Siverling como su aprendiz. Siverling parecía ser talentoso en la magia, pero también tenía una mentada afilada como la del mismo profesor, y un aire de sofisticación que incluso Damian no podía igualar, por más que se esfuere en alisar su cuello o peinar su cabello. Siverling parecía no notar siquiera a los demás, salvo cuando era interrumpido en sus constantes estudios, y entonces esa sensación de superioridad—solo parcialmente cubierta por una máscara de cortesía—era evidente, al menos para Damian, si no para todos sus compañeros.

Sólo cuando era provocada, la verdadera disposición de Siverling mostraba su rostro, y Damian podía admitir que encontraba algo divertido en discutir con el joven. Se había convertido en un hábito en las últimas semanas, incluso mientras empezaba a comprender por qué el Profesor Lacer había hecho esa elección. Y, de manera reacia, tuvo que aceptar que no había sido un error.

El rostro de Siverling había palidecido hasta hacer juego con su cabello, con esos ojos oscuros resaltando en su piel pálida. Su expresión de enojo se desvaneció ante un horror puro y absoluto.

Damian tragó saliva y levantó su brazo derecho, el no herido, para apartar su cabello de la cara. ¿Debería pedirle disculpas? Probablemente, pero le parecía extraño hacerlo cuando había sido herido por la mano de Siverling.

La mandíbula del otro joven se tensó, sus dientes apretando las palabras como un molinillo de pimienta al decir: “Acuéstate en el suelo y quítate la camisa.” Luego, Siverling se dio vuelta y corrió hacia los vestuarios.

Damian quedó mirando la forma que escapaba, parpadeando. “¿Qué?” ¿En serio Siverling lo dejaría allí para que se arreglara solo? No, ya llevaba puesta su ropa habitual, así que eso no podía ser. Miró al suelo sucio, a la ceniza blanca del Piso y a toda la suciedad que los pasos de la gente habían dejado por todas partes. “¿En ese lugar?” Tendría que cambiarse la ropa después. Sus ojos se clavaron en la mancha carmesí que empapaba su camiseta, ahora hasta la cintura. “Supongo que ya está bastante destruida,” murmuró. Junto al sudor y la sangre, un poco de suciedad no haría mucha diferencia.

Se tambaleó ligeramente.

Siverling, que ya había vuelto sin que Damian se diera cuenta, lo sujetó por los hombros con una expresión severa y lo empujó hasta el suelo.

Damian comprendió que la instrucción de Siverling había sido para evitar que perdiera el conocimiento por shock o por pérdida de sangre. “Estaré bien si voy a los sanadores pronto,” dijo. “Hay una alarma en la pared trasera que se activa en emergencias, ¿recuerdas?” Esa alarma alertaría y enviaría a alguien capacitado para mantener con vida a los estudiantes, incluso en los estados más graves. Pero, si llamaban a los sanadores, avisarían a su familia.

“Si mi padre se entera...” susurró en voz baja. Al darse cuenta de que había hablado en voz alta, dejó que la frase se cogiera a medias. Incluso el pensamiento resultaba aterrador.

Siverling debió haber notado el miedo en el rostro de Damien, porque tras una breve pausa, afirmó: “No hace falta un sanador.” Se hurgó en la cartera que había agarrado de los probadores con manos hábiles. “Es solo un rasguño, y en un instante estará sanado.”

Damien miró con incredulidad al otro joven. “¿Solo un rasguño?” El dolor empezaba a manifestarse, y la sangre había manchado ya su camisa y comenzaba a empapar sus pantalones. Manteniendo la vista en el rostro de Siverling para no centrarse en la herida, pensó que, aunque había sufrido heridas varias veces al pelear con su hermano o su instructor de esgrima, la vista de la sangre todavía le mareaba. “¿Tienes un artefacto sanador allí dentro?” preguntó, en susurro, más para tranquilizarse a sí mismo que por otra cosa. Añadió, en un murmullo, “Si no intervienen sanadores, mi padre no tiene por qué enterarse...”

El joven asintió con firmeza al sacar un par de frascos de pociones y los instrumentos para dibujar un encantamiento.

Damien frunció el ceño, tambaleándose ligeramente. “Eso no es un artefacto sanador.”

Siverling se adelantó y rasgó la camisa de Damien, ensanchando las heridas abiertas por el hechizo para exponerlas mejor.

“Eres demasiado directo.” La frase salió antes de que Damien lograra pensar en lo que su estúpido cerebro estaba imaginando. Se habría sonrojado, pero casi cualquier cosa que dijera parecía poder justificarse por las circunstancias.

“Recuéstate,” ordenó el otro muchacho, acompañando esas palabras con una presión firme en el buen hombro de Damien.

Damien obedeció.

“La herida no es tan profunda. No estoy seguro de que necesitemos un coagulador de sangre, pero es mejor prevenir. No quiero que sangres hasta desangrarte antes de que pueda atender esto,” murmuró Siverling. Destapó las pociones, dejando caer la primera y luego la segunda sobre la herida, de derecha a izquierda.

La primera era un limpiador de heridas, pensó Damien. La cantidad en los frascos era justa para cubrir generosamente toda la lesión, y Damien frunció el ceño ante la quemazón de cuando el limpiador mató cualquier agente infeccioso. El coagulador cumplió su función al instante: la hemorragia cesó, pero la herida permanecía abierta.

Siverling la observó con actitud crítica. “Creo que mi ungüento de costura de piel no podrá con eso.”

Damien gimió, intentando tocarla, pero su mano fue rudamente apartada por Siverling.

“Mantén los dedos sucios a un lado,” ordenó el joven, tomando de nuevo los instrumentos mágicos. “Quédate quieto mientras trabajo.” Se inclinó sobre Damien, dibujando un Gran Círculo en el suelo alrededor de su torso completo, y luego un par de circunferencias espejo sobre el pecho y los brazos de Damien. Siverling vaciló unos segundos al trazar los glifos, mirando la sangre que ahora formaba un charco en el suelo.

Finalmente, retrocedió y buscó en uno de los bolsillos de su chaleco algo que no encontró. Miró alrededor y agarró un pequeño Conducto contaminado que aparentemente había dejado caer al ser atravesado por el hechizo cortante. Lo apretó con los puños, miró fijamente la herida de Damien y respiró profundamente.

Damien sintió la presencia pesada en el aire mientras Siverling reunía su Voluntad. “¡Espera, espera!” exclamó.

Siverling le miró con ojos abiertos de par en par, levantando las cejas con impaciencia. “¿Qué?”

¿En serio iba a intentar un hechizo sanador? “Ni siquiera pusiste componentes en el Círculo, y ese Conducto no sería apto para un goblin. Esto puede salir mal y lastimar a ambos.”

La ceja de Siverling volvió a fruncirse con fuerza. —Cállate y quédate quieto.

—Si pudieras sanar algo así sin nada del Plano de la Resplandor y con ese Conducto, te reconocería como la segunda encarnación de Myrddin—.

Antes de que Damien pudiera protestar aún más, el otro chico comenzó a invocar.

Damien no se movió, aunque no estaba seguro si era por miedo a distraer a Siverling y provocar el desastre que temía, o si era porque una pequeña parte de él observaba con expectación y una creciente sensación de asombro.

Esa segunda y menor parte de él fue plenamente recompensada cuando el corte en su pecho empezó a tensarse y a sanar, como si el tiempo estuviera retrocediendo, tan lentamente que casi era posible perderse en ello.

La frente de Siverling sudaba copiosamente y su puño apretaba tanto el Conducto que sus nudillos se volvieron blancos. Tardó mucho más de lo que un sanador certificado habría logrado, y un cierto malestar casi insoportable tuvo que aguantar Damien mientras su carne se movía. Cuando Siverling finalmente terminó, liberó el hechizo con una explosión casi tangible de energía liberada y se inclinó hacia adelante, respirando con dificultad. Usó un engastador de piel para sellar la reparación.

Con cuidado, Damien se levantó y tocó su pecho. La herida era más de la mitad sanada, roja y dolorida, pero ya no sangraba. Después de que el engastador de piel terminara, quedaría una cicatriz, por lo que el hechizo no fue perfecto, pero seguía siendo sorprendente. Se volvió para mirar el mosaico de hechizos en el suelo, admirando su construcción minimalista. No había componentes más que una pequeña lámpara de aceite para proporcionar energía, y ninguna instrucción salvo glifos para reflejo, carne y sanación. Su corazón latía con fuerza al volver la vista hacia Siverling.

Observó cómo el joven se recuperaba del esfuerzo excesivo. Fue sarcástico cuando dijo que reconocería a Siverling como la segunda encarnación de Myrddin. Pero esto...

Sebastien Siverling podría convertirse en el hechicero más poderoso de su generación.

Al llegar a esa conclusión, Damien respiró profundamente. ¿Cómo es que no había oído hablar antes de la familia Siverling? ¿Simplemente estaban tan lejos de Lenore? ¿O tal vez en un estado de ruina tal que su nombre ya no se mencionaba entre los influyentes? Tal vez eso explicaba por qué, a pesar de las maneras y la vestimenta de Siverling, usaba un Conducto tan económico. Quizás su familia había gastado todo lo que pudo para que él encajara entre sus pares en la Universidad, y esperaba que pudiera pasar los primeros cursos sin llamar la atención sobre el Conducto. Claramente, pronto necesitaría uno mejor si no quería arriesgarse a que se rompiera.

Siverling se enderezó, con la columna recta y el mentón en alto. —Ya está sanado—, dijo. —No hay razón para alarmarse ni para contactar a tu familia. Ambos podemos continuar y olvidar este incidente. —Miró el rostro de Damien como buscando algo, luego frunció ligeramente el ceño. —Por supuesto, también estoy dispuesto a hacer un pequeño favor, si lo deseas. Después de todo,

arruiné tu ropa.

Fue solo en ese momento cuando Damien se dio cuenta de que Siverling había interpretado su amenaza respecto a la ira de su padre como un ataque directo. Abrió la boca para explicar y tranquilizar al otro muchacho, pero la cerró de repente.

—Un favor—, aceptó Damien—. Y un cese al fuego entre nosotros. Me disculpo por mis acciones anteriores y espero que podamos mantener una relación civil de ahora en adelante. No había sido criado como un necio, y aunque todavía se sentía algo mareado, no era tonto. Las alianzas que se formen ahora influirán en el futuro, igual que los enemigos. Además, no podía negar que sentía una curiosidad irresistible por el otro joven.

Los ojos de Siverling se abrieron de par en par ante la oferta de reconciliación, pero luego se estrecharon; sin embargo, finalmente asintió. “De acuerdo.”

“Préstame tu chaqueta,” dijo Damien. “A menos que,” añadió, al notar la ceja levantada de Siverling, “desees que todos vean el estado de mi atuendo y pregunten por ello.”

Con un resoplido, Siverling le entregó la chaqueta. Después de limpiar la formación del hechizo y los restos de sangre del suelo, salieron juntos de la sala de simulación, dirigiéndose de regreso a los dormitorios.

“¿Por qué no participas en las exhibiciones?” preguntó Damien.

Siverling le lanzó otra mirada enigmática antes de responder. “No necesito acumular puntos, y prefiero dedicar mi tiempo a aprender algo útil en lugar de preparar un espectáculo únicamente para impresionar a los jueces y al público.”

“Creo que no necesitarías preparar mucho más. Podrías simplemente mostrarles tu habilidad con hechizos de sanación basados puramente en la Voluntad y obtener los puntos completos. Los sanadores tienen un ingreso bastante considerable, sabes. Especialmente aquellos tan talentosos como tú. Incluso tal vez puedas ganar algo de dinero, además de continuar más allá del tercer período.”

El rostro de Siverling se volvió pétreo, y miró fijamente al frente durante suficiente tiempo como para que Damien se preguntara si había dicho algo mal. Tal vez no debió mencionar lo de ganar dinero. Si la familia de Siverling no era pobre, sería de mal gusto. Pero si lo era, tal vez le incomodaba.

“No deseo caer en gracia con aquellos que se creen superiores mientras evalúan mi valía —como si fuera una cerda gorda— ni tengo ganas de pavonearme por unos puntos insignificantes y alabanzas vacías. No participaré,” dijo Siverling, con el labio enroscado en una expresión de desprecio.

Sí, Damien claramente lo había ofendido. “Bueno, cada quien con sus cosas. Personalmente, me gustaría mudarme de los dormitorios. Estar amontonado con la chusma dificulta mucho relajarme, y sé que alguien robó mis botas de repuesto.” Frunció el ceño por un momento, imaginando qué le

haría a esa persona si alguna vez la encontraba. “Pero hay otros modos de ganar puntos, como en el torneo de Conjuros Prácticos. Si quieres practicar más con oponentes competentes antes de entonces, podrías unirme nuevamente a nuestro grupo de estudio.”

“Quizá.”

Bueno, al menos no fue una negativa rotunda. Con perseverancia y astucia, podría ganarse la amistad de Siverling. Damien podía ser agradable cuando quería. Incluso con personas tan insoportablemente groseras como Sebastien Siverling. Tal vez era necesario un acercamiento más directo de amistad. “Estabas practicando un hechizo de combate, aunque no estoy seguro de haber visto ese en particular antes. Si te interesa el duelo, tanto Rhett como yo tenemos cierta habilidad. Él está más interesado en la competencia, pero he recibido entrenamiento similar al que reciben nuestros policías. Podría transmitirme algunos consejos útiles o ayudarte a perfeccionar tu puntería y tu juego de pies.”

Eso pareció captar el interés de Siverling. “Claro, tu familia está a cargo de los policías. ¿Han habido avances en ese caso del que hablaste antes?”

Damien reprimió una pequeña sonrisa. Quizá no era el duello lo que interesaba a Siverling, sino la investigación policial, como a Damien. Bueno, eso tenía sentido, ya que el trabajo era valioso y fascinante.

“De hecho, sí. Ella hizo una aparición en una pelea entre dos pandillas locales, aunque las circunstancias tras toda la altercación son un tanto confusas. Hirió a varios miembros de un grupo, pero lograron retirarse cuando las cosas se pusieron peligrosas. Ahora bien, uno podría pensar que eso indicaba que ella estaba aliada en algún modo con el segundo grupo, pero cuando llegaron los policías, la encontraron realizando un ritual de sangre sacrificial en uno de sus miembros.”

Él sonrió con satisfacción al ver los ojos de Siverling abrirse de par en par, complacido por la atención fascinada del joven. Tal vez podría compartir algunos de sus viejos periódicos de detectives con Siverling; sin duda, los disfrutaría. Por lo menos, Damien tendría a alguien con quien hablar sobre las últimas aventuras ficticias de Aberford Thorndyke, detective consultor.

“¿Tienen alguna pista sobre ella?”

Asintió. “Sí, claro. Ella resistió a los policías cuando llegaron, dejando a su víctima a su suerte, pero aunque casi la capturaron, logró escapar. Sin embargo, uno de los policías pudo hierla, y dejó un rastro de su propia sangre en la escena. Actualmente, la están rastreando con hechizos de adivinación. Por supuesto, ella es una poderosa hechicera, así que ha logrado resistir los intentos hasta ahora. Algunos testigos incluso afirman que estaba lanzando hechizos usando el aire como superficie para su conjuro, aunque soy un poco escéptico respecto a la veracidad de esas afirmaciones. Estamos bastante seguros de que todavía permanece en la ciudad, y pronto traerán a algunos de los mejores adivinos, seguro. Sé que mi hermano tiene acceso a uno o dos pronósticos, así que imagino que solo es cuestión de tiempo para que la atrapen.”

Siverling seguía completamente absorto, así que Damien se esforzó en detallar todo, compartiendo lo que había logrado sacar de las informaciones de su hermano, junto con sus propias conjeturas.

Continuó hasta que Siverling se llevó la mano a la frente, haciendo una mueca de dolor.

Los ojos de Damien se estrecharon, y, al prestar más atención, notó el temblor en los dedos de Siverling. “¿No te sobrecargaste de voluntad para sanarme, verdad?”

“No”, respondió Siverling con tono cortante.

Damien lo observó con recelo. No hacía falta que fuera Aberford Thorndyke para deducirlo claramente. “No sirve de nada fingir que no, si es que lo hiciste. Mi hermano siempre dice: ‘Si has sobrepasado tu voluntad, es señal de que elegiste la estrategia equivocada hace al menos dos movimientos. No sigas adelante con terquedad, porque eso solo conducirá a un fracaso aún mayor’.” Damien se sintió aún peor acerca de todo aquel asunto.

“Primero, no había nada que sanar, porque nada pasó, ¿recuerdas?” aseguró Siverling con firmeza.

Damien asintió lentamente, apretando los labios.

“Así que no hay motivo para ir a la enfermería solo para que hagan muchas preguntas y te receten unos días de descanso. Además, incluso si te hubiera sanado, no habría llegado a sobrecargar mi voluntad solo con eso.”

Siverling lo miró con dureza hasta que Damien asintió nuevamente, aunque en su interior no aceptaba en absoluto las garantías de Siverling. Evidentemente, había sobrecargado su voluntad con esa ridícula demostración de destreza, pero no quería que nadie lo supiera. “Bueno... entonces deberías tomarte un descanso de lanzar hechizos por una razón completamente distinta,” le dijo, lanzándole una mirada incisiva.

Al regresar a los dormitorios, Damien se cambió por un traje limpio—que no estuviera manchado de sangre—, pero al salir de los baños encontró a Siverling ausente. “Qué lástima,” dijo, arrojando su ropa en la chimenea, tanto para destruir la sangre como para mantener en secreto lo acontecido esa tarde. En definitiva, había sido un día lleno de emociones y logros.

Casi como una aventura, en realidad.